

El triunfo del simulacro: Colvin y Dagley

JAVIER MADERUELO

Uno de los síntomas que presagian que en Madrid se está normalizando la actividad artística es el de que se está superando la endogamia de los artistas «locales» que se sucedían entre sí mismos en las galerías de arte. Cada vez con más frecuencia los galeristas se van atreviendo a realizar primeras exposiciones de artistas que viven y trabajan fuera de nuestras fronteras. No se trata de que los galeristas produzcan grandes exposiciones de maestros consagrados, que de eso se deben encargar las instituciones públicas que, en teoría, deben ser responsables de la cultura y la educación ciudadana, sino de algo más sencillo y a la vez más difícil, de proporcionar al mercado y a los artistas «locales» la posibilidad de contrastar sus actividades con las de sus contemporáneos.

Esta confrontación con la obra de artistas extranjeros puede aclarar el panorama de la situación real en que se encuentra la creatividad de los artistas españoles, tan frecuentemente exaltada como menospreciada.

En estos días podemos contemplar dos muestras de dos jóvenes artistas, uno escocés: Calum Colvin y otro norteamericano: Mark Dagley, que ponen un contrapunto a la monotonía de la temporada. Las dos exposiciones son estilísticamente opuestas y en apariencia no tienen ningún punto de comparación, pero ambas introducen una bocanada de aire fresco en el enrarecido ambiente que se genera entre los galeristas madrileños que no hablan más que de éxitos del «arte español» en foros como Basilea o la FIAC de París. La técnica del apropiacionismo es común a ambos, aunque el sentido que cada uno le da transita por caminos muy diferentes. Mientras que en Colvin es meramente anecdótica y referencial, y se encuentra justificada por la imagen de un pop-populismo desbordado por un surrealismo de corte muy personal; en Dagley es más literalista y fría.

Superación

El otro punto en común es que en la obra de ambos se denota un intento de superación de los estilos

que se acentúa con el desenfado con que se apropian de imágenes ajenas.

Calum Colvin es un joven fotógrafo escocés —nacido en Glasgow, en 1961— con fuerte espíritu de escultor y un profundo oficio de pintor. Aunque lo que expone son unas impresionantes fotografías (155 x 122 cms.) su género de trabajo es la «instalación», pero no en el sentido que habitualmente otorgamos a este género. Son trampantojos muy elaborado en los que, sobre un escenario tridimensional —una habitación amueblada con objetos populacheros de un gusto marcadamente «kitsch»—, el artista pinta unas figuras con apariencia plana de unas mitologías personales relacionadas con la egocéntrica iconología de narciso.

Estas escenografías tienen un único punto de vista donde se encuentra la cámara fotográfica que, como prótesis de nuestra visión, nos muestra unas sorprendentes imágenes en las que el engaño, que es difícil de descifrar, se acepta por el virtuosismo y la ingeniosidad del artista que se sirve de los mismos elementos y objetos para construir distintas «naturalidades muertas».

Si el artificio es sorprendente la iconografía no resulta menos inquietante, referencias a diversas perversiones sexuales, presentes en libros e ingeniosas figuraciones, se entrelazan con imágenes cultas tomadas de Ingres, Miguel Ángel o Gauguin, y con imágenes de los héroes del «comic».

El apropiacionismo de Calum Colvin no es meramente iconográfico, la técnica del delirio paranoico de Dalí, es aquí tomada y ampliada en un rompecabezas onanista que la cámara hace público. Mark Dagley —Washington, 1957— nos presenta un «trompe-l'oeil» cuya misión es más engañar al cerebro que a la vista. Sus recursos pictóricos hacen referencias explícitas al ideario reduccionista de Ad Reinhardt y a los problemas planteados por el grupo «Support-surface».

Partiendo del borrón y cuenta nueva de la pintura de Reinhardt, Mark Dagley realiza operaciones donde las cantidades que se suman carecen de significado y por tanto su resultado es arbitrario. Su obra es

todo un simulacro sobre la historia de la modernidad. El apropiacionismo que practica comienza en el impresionismo, sigue por el cubismo, los diversos grados de abstracción hasta el minimalismo, encontrándose en su obra diversos rasgos estilísticos no exentos de parodia.

Un exquisito acabado —sorprendente por las gruesas resinas que rigidizan las telas y dan tersura a las superficies— y una extraña delicade-

za dotan a estas obras de una vida propia, independiente del modelo copiado, que hacen del apropiacionismo una mera referencia circunstancial sobre la que se encuentra una obra enigmática y profundamente personal.

Calum Colvin, Galería 57, c/ Columela 3, del 17 de noviembre al 30 de diciembre. Mark Dagley, Galería Mar Estrada, c/ Orellana, 14, a partir del 29 de noviembre.